

DECIRES Y SABERES ENCONTRADOS: SAINT HILAIRE, DUMAS, DE MATTOS¹

Beatriz Vegh

No hace mucho tiempo, en circunstancias de recepción y agradecimiento como las que me convocan aquí, alguien dijo preferir al uso del término *honor*, algo que bien puede ser inmerecido, el uso del término *aprecio*. Nos gustaría adherir a esa preferencia y, desde nuestro más profundo aprecio, agradecer la bienvenida hospitalidad que el colectivo de esta Academia nos brinda así como la afectuosa presentación del doctor Wilfredo Penco.

Desde lo personal también quisiera agregar que, al aprecio por esta distinción académica vino a agregarse un sabor de singular familiaridad. Cuando el presidente de la institución, doctor Adolfo Elizaincín, me comunicó la designación, completó luego su información mencionando, entre otros datos referentes al cargo, el nombre del sillón que iba a ocupar: *Bartolomé Hidalgo*. Ningún nombre podía sonar más natural en este ámbito ni más afín al terreno de los comparatismos en letras en el que me desempeño donde de relaciones y diálogos precisamente se trata como en los versos que intercambian Ramón Contreras y Jacinto Chano. Pero en ese momento el nombre de Bartolomé Hidalgo se vinculó para mí de inmediato con el nombre y la figura de un reconocido pionero uruguayo en el estudio de los *Cielitos* y de su autor: Mario Falcao Espalter, de cuya familia, pasé a formar parte en algún momento del siglo pasado, juzgado de estado civil montevideano mediante. El sillón académico que me fue atribuido emitió así para mí, y por decirlo de algún modo, acogedores signos de una literal familiaridad.

Sentimiento de aprecio también por corresponderme saludar muy especialmente a Estela Medina –titular del sillón *Hidalgo* durante estos últimos años– por su nombramiento de miembro de honor de esta Academia, saludo, recuerdo y agradecimiento por tantos valiosos textos que se ha ocupado y se ocupa tan eficazmente de difundir desde la calidad y excelencia de su actuación dramática en múltiples espacios de presentación dentro y fuera del país.

* * *

¹ Discurso de ingreso a la Academia Nacional de Letras, 19 de mayo de 2016.

Atiendo ahora a lo sugerido en el título de esta presentación –*Decires y saberes encontrados: Saint Hilaire, Dumas, de Mattos*– siguiendo los lineamientos del estatuto de la Academia cuando indica como uno de los cometidos prioritarios y permanentes de la institución: “Estimular y difundir la creación y la investigación literarias en todas sus manifestaciones”. Para ello partiría de dos observaciones de carácter general sobre el punto buscando enfatizar el sentido doble y complementario del calificativo “encontrados” en tanto expresión de lo diferente que se aviene a una conversación y un intercambio de participación.² Por un lado, se ha señalado, y se señala muy especialmente en nuestra contemporaneidad, la amplitud de conocimientos que de un modo u otro se hacen presentes en las producciones literarias y contribuyen de ese modo a legitimar su interacción con los saberes constituidos. Y a esta valoración de las letras dentro del campo de los conocimientos suele no ser ajena la ampliación de horizontes geoculturales que el decir literario implementa de las más variadas maneras gracias a la desenvoltura idiomática que le es específica y lo lleva a encontrarse y “conversar” con esos otros saberes dentro de ampliados y diversificados espacios.³

Por otro lado, el mundo de las producciones literarias tiende a mostrarse actualmente como un juego de relatos marcadamente transfronterizos en el que las movibilidades idiomáticas e imaginarias suelen actuar eficazmente al promover universos plurales y compartidos.

Teniendo en cuenta tales ampliaciones y movibilidades convocamos aquí algunas de esas producciones en las que ambos valores –aprovechamiento cognoscitivo e inventiva lingüística– discurren en forma de conversaciones uruguayo–francesas dentro de las así llamadas letras nacionales.

2 Remitiría aquí al elocuente concepto de *conversación* (*Gespräch*) propuesto por Hans-Georg Gadamer en varios de sus escritos: “De algún modo la obra nos arrastra a la conversación [...] y es este enfrentamiento un intercambio de participación”; “un demorarse que aguarda y se hace cargo [...], un diálogo de intenso intercambio que no tiene plazo para terminar, sino que dura hasta que es llevado a su fin. Un diálogo no es más que eso”. *Estética y hermenéutica*, Madrid, Tecnos, 1996, pp. 264, 295–296.

3 En *Lección* Roland Barthes escribe: “si por un exceso de socialismo o de barbarie tuvieran que desterrarse todas las disciplinas de la enseñanza salvo una es la literaria la que habría que salvar ya que todas las ciencias están presentes en el monumento literario”. *Leçon*, París, Seuil, 1978, mi traducción.

Movilidades científicas y giro transnacional: Auguste de Saint Hilaire

En tanto conversación en clave científica y por lo tanto de marcado interés en el siglo XIX de un lado y otro del Atlántico, quizá cabe mencionar como relato pionero el *Viaje a Río Grande del Sur (Brasil)* del naturalista francés Auguste de Saint Hilaire (1779–1853), en el que este cuenta su estadía en los aportuguesados territorios de la Provincia Cisplatina entre el 19 de setiembre de 1820 y el 14 de febrero de 1821.⁴

Buen conocedor de las ciencias naturales de su época, Saint Hilaire viene en misión oficial a Brasil y, desde Río Grande decide continuar hasta Montevideo donde, en cierta ocasión, nos cuenta afligido en su diario, debe pernoctar en las afueras de la ciudad al golpear en la puerta de la Ciudadela y encontrarla cerrada. Se propone visitar al botánico de los Migueletes, como se llamaba a Dámaso Antonio Larrañaga, su corresponsal y par oriental, cuyos conocimientos y cuyo archivo de naturalista hacían de Montevideo por ese entonces un centro científico transatlántico de gran interés para el naturalista visitante.⁵ En su casa pasará todas sus veladas montevidéanas y el clérigo oriental actuará asimismo de eficaz guía turístico, haciéndole conocer pormenorizadamente al francés, en sendas visitas, los edificios e instalaciones de la biblioteca pública y el hospital civil de la ciudad.

Apoyadas oficialmente desde Francia, estadías de trabajo como la de Saint Hilaire se ajustaban a toda una política de viajes promotora de la investigación científica y que, en la línea del humanismo ilustrado, buscaba propiciar —en el caso de los naturalistas como era el suyo— prácticas utilitarias filantrópicas como la localización y buen uso de plantas y hierbas que contribuyeran (cito una directiva de la época) “al bienestar de la humanidad y a la gloria nacional” (gloria francesa, claro, en su caso). Sabemos que será Saint Hilaire quien documente tempranamente en su informe de regreso a Francia sobre la existencia y los tipos de la yerba mate en la región, planta

4 Auguste de Saint Hilaire, *Voyage à Rio Grande do Sul (Brésil)*, Orléans, H. Herluison, 1887.

5 Esta centralidad de la Banda Oriental dentro del mundo científico para los naturalistas franceses es señalada, entre otros, por Mario Falcao Espalter: “Larrañaga, hombre elogiado por Cuvier, Bonpland y Saint Hilaire irradió como un sol benéfico”, en “Larrañaga, o la vocación científica del siglo XVIII”, *Entre dos siglos – El Uruguay alrededor de 1800*, Montevideo, Imprenta Renacimiento, 1926, p. 161.

que será catalogada con el nombre científico de *Ilex paraguariensis* Saint Hilaire.

La turbulencia de los entornos regionales no son impedimento para la escritura de su diario, a la vez un relato científico y una historia agrícola, económica y política de la región. Saint Hilaire registra sus observaciones como naturalista viajero pero también brinda información sobre la población nativa, sobre las mujeres guaycurúes por ejemplo, detallando su “pronunciación” y su “prosodia”, los “sonidos” de su habla, elementos de su léxico –al igual que Larrañaga en su ensayo sobre la lengua chaná. Escribe algunas palabras guaycurúes al dictado de las mujeres, destacando el “*agrément*”, el agrado, del acento femenino en la forma de pronunciar la “r”, escucha y anota sus canciones y estos aportes de Saint Hilaire en el campo idiomático a lo largo de su ameno relato han servido de apoyo y referencia en recientes estudios lingüísticos uruguayos en torno al español platense en nuestro medio.⁶

Los informes científicos del naturalista nos llegan así acompañados de la tonalidad emotiva y coloquial de un diarista operando de intermediario escritor entre ciencias y letras. Y el *Viaje...* de Saint Hilaire ha sido mencionado recientemente, junto a *La tierra purpúrea* (1885, 1904) del anglo-argentino William Henry Hudson y *El gaucho Florido* (1932) de Carlos Reyles, dentro de una trilogía de relatos que esbozan en sus respectivos textos la figura del gaucho y el criollismo en la Banda Oriental en el siglo XIX,⁷ lo que viene a subrayar –en el caso Saint Hilaire– su rol de escritura diarística mediadora entre geografías y culturas diversas y su eventual presencia en nuestras letras.

Una reciente traducción al español de este *Viaje*, promovida desde la Universidad de la República en 2005, había sido precedida por la publicada en los *Anales Históricos de Montevideo* en 1962, traducción que abunda en profusas, informativas, pormenorizadas, extensas, y a veces discutidoras notas de Horacio Arredondo, notas que resultan de especial interés para el diálogo transnacional y pluricultural que la obra de Saint Hilaire pone en juego.⁸

6 Virginia Bertolotti, “Un viaje al pasado lingüístico de la región: *Voyage à Rio Grande do Sul* de Auguste de Saint Hilaire”, en *Los viajeros y el Río de la Plata: un siglo de escritura*, J.–Ph. Barnabé, L. Cordero y B. Vegh, coord., Montevideo, Linardi y Risso, 2010, pp. 265–278.

7 José Wainer, “Auguste de Saint Hilaire – Más naturalistas en la orilla septentrional del Plata”, *Relaciones*, diciembre 2004, N° 247, p. 31.

8 *Impresiones de la Cisplatina de Auguste de Saint Hilaire (Setiembre de 1820–Enero de 1821)*, Socorro Salterain de Grierson (trad.), Horacio Arredondo (notas), en *Anales Históricos*

Cruce geopolítico y ficcional de historicidades: Alejandro Dumas

Otro texto bien conocido e igualmente expresivo en tanto conversación, confrontación y encuentro multicéntrico sería el titulado *Montevideo ou Une Nouvelle Troie* en las tres ediciones francesas y *Montevideo o la Nueva Troya* en la edición castellana, todas ellas publicadas en 1850. A las que se viene a agregar la aparecida ese mismo año en italiano.⁹ Y esta crónica novelada de nuestra historia de la Guerra Grande –o este opúsculo propagandístico del Gobierno de la Defensa como también se lo presenta– lleva la firma del prolífico y por esos años ya mundialmente célebre escritor Alejandro Dumas (1802–1870). En su bibliografía la obra figura como “novela sobre episodio contemporáneo”, lo que registra su interés por entretejer ficción e historia, y más que historia pasada o historia reciente, los hechos de su contemporaneidad cercanos o lejanos en el espacio, que su visión romántica, y como tal, políticamente comprometida y a menudo transgresora, acercaba de un modo u otro a su interés y su codiciada pluma.

Ahora bien, hay consenso entre autorizados lectores rioplatenses y franceses de la obra en reconocer al discutible poeta pero atrayente conversador, talentoso político y hábil diplomático uruguayo francoparlante general Melchor Pacheco y Obes, amigo e informante de Dumas, como estrecho colaborador de la novela. O incluso, así lo sostiene Jacques Duprey documentadamente en su estudio sobre la obra, como coautor de la crónica del francés, lo que justificaría estar subrayando aquí el entramado textual Dumas/letras uruguayas.¹⁰ Desde ese entramado la dinámica a subrayar, heredada del universalismo de las Luces, es la que se establece entre la Banda Oriental –ficcional y entretenidísimamente presentada por Dumas– y la Asamblea Nacional de Francia en cuyo ámbito, desde 1845, se discute la así llamada –y espinosa– “cuestión del Plata”.

de Montevideo, Tomo IV, 1961–1962, pp. 305–536; Auguste de Saint Hilaire, *Al sur del Brasil, al norte del Río de la Plata*, Mariana Vlahussich (trad.), Montevideo, Universidad de la República, Col. del Rectorado, 2005.

9 *Montevideo ou Une Nouvelle Troie*, París, Imprimerie Centrale de Napoléon Chaix et Cie. 1850; *Montevideo o la Nueva Troya*, 1850; *La Nueva Troya*, trad. Alejandro Waksman, Buenos Aires, Marea, 2005; *Montevideo ou Une nouvelle Troie*, Montreal, Le Joyeux Roger, 2013, en línea. Waksman detalla diferencias en el texto final entre edición francesa e italiana ambas de 1850, p.145. Asimismo, la errónea traducción de “une” por “la” en todas las traducciones al español hasta ahora “explicita el ansia de engrandecimiento de la ciudad y su causa” según Gabriel Sordi. Disponible en: http://www.pucsp.br/cehal/downloads/textos_congresso_goiania_2010/06_08_2010_Sordi%20G.pdf, en línea, consulta realizada el 2/2/2016.

10 Jacques Duprey, *Alejandro Dumas, Rosas y Montevideo*, Isabel Gilbert de Pereda (trad.), Buenos Aires, Talleres Gráficos Rodríguez Giles, 1942, pp. 117–159.

Por otra parte, también en 1850, pero algunos meses antes de la publicación de la obra en volumen, el mensuario de Dumas *Le Mois* publica, en los dos números finales del periódico –Nº 25 y 26, enero y febrero– los dos primeros capítulos de lo que será *Montevideo o la Nueva Troya*. De modo que la historia uruguaya del Sitio Grande se conocerá por esas fechas en Francia como episodios 1 y 2 de lo que Dumas programaba entonces dentro del género folletinesco de novela por entregas, ajustando así su historia “uruguaya” a la tendencia general de la época en cuanto a formato genérico de lo literario.¹¹

Más recientemente, en París, ya en el siglo XXI, Dumas será entronizado en el Panteón por el presidente Jacques Chirac en 2002 y cito aquí un pasaje de la entronización de quien, aunque peculiar y fugazmente, fuera un historiador uruguayo: “Con usted nosotros fuimos D’Artagnan, Montecristo o Bálamo, recorrimos las calles de Francia, participamos en batallas, visitamos palacios y castillos; con Ud, nosotros soñamos...”. En el escenario francés de 2002, el Panteón parisino, como en el escenario de la también parisina editorial Napoléon Chaix de 1850, las letras nacionales uruguayas estaban de algún modo presentes. Y el Dumas constructor de sueños que Chirac reconoce y saluda a través de los nombres de célebres y populares protagonistas de sus ficciones, es también el Dumas romántico, atento a vicisitudes extranjeras quien, desde un escenario político que lo veneraba como escritor, también soñó e hizo soñar con una trama justiciera para la Guerra Grande montevideana. Y todo lector de la edición completa de *Montevideo o la Nueva Troya* recuerda y sabe que, en la frase final de su libro, el escritor francés hacedor de sueños, en emotiva prosa, invocará, reunidos en una misma tarea política, a tres jefes de diversas culturas, lenguas y tradiciones de su actualidad histórica: el húngaro Lajos Kossuth, el italiano Giuseppe Mazzini, el uruguayo Joaquín Suárez, en un juego de ampliación geocultural y transnacional bien significativo. Cito el texto de Dumas: “Mientras tanto Kossuth, mientras tanto Mazzini, mientras tanto Suárez, el que escribe estas líneas en vuestro honor os pide, por toda recompensa, su lugar de ciudadano en vuestras repúblicas futuras”.¹²

11 Enrique Pichon Rivière sostiene que Ducasse leyó el libro de Dumas y que esa lectura habría reforzado sus recuerdos de las atrocidades del Sitio, opinión recogida por François Caradec en su biografía de Lautréamont. Cf. Leyla Perrone-Moisés, “Lautréamont et les rives américaines”, en *La cuestión de los orígenes – Lautréamont & Laforgue* (L. Behar, F. Caradec, D. Lefort, coord.), Montevideo, Academia Nacional de Letras, 1993.

12 *La Nueva Troya*, op. cit. p.126.

Cabría señalar aquí que empoderamientos editores recientes han introducido nuevas modulaciones en la conversación Francia–Uruguay que tiene lugar en el libro de Dumas. Así, en la traducción publicada en Buenos Aires en 2005, un espectacular cambio de título modifica la orientación de lectura que todo título, en tanto paratexto privilegiado, ofrece al lector. *Montevideo o la Nueva Troya* pasa a llamarse *La nueva Troya*. Se omite el topónimo Montevideo. Y la omisión toponímica cancela el clásico juego retórico titular que el libro de Dumas, hasta esta reciente traducción, ofrecía: nombre propio –de lugar en este caso– definido por un complemento introducido por el conector *o*: *Montevideo o la Nueva Troya*. Pensemos en la composición musical de Héctor Berlioz *Lelio o el retorno a la vida* (1831) y muy cerca de nosotros *Don Candinho o Las doce orejas* de Tomás de Mattos (2014). Ya Bartolomé Mitre mencionaba este recurso titular de la novela de Dumas como más eficaz aunque la metáfora épica que ese mismo título despliega.¹³ A esta intervención titular se agrega en la edición de 2005 un sorpresivo subtítulo interpretativo: *La guerra privada de Dumas contra Rosas*, que un retrato del caudillo federal argentino realza en la cubierta del libro. Lugar de decires y saberes, la novela se propone asimismo, en este caso, como espacio textual de movibilidades revisionistas varias.

Cosmopolitizando un motín: *La fragata de las máscaras* de Tomás de Mattos

Atendemos ahora, ya en nuestra contemporaneidad, y siempre desde la doble perspectiva que venimos señalando –aporte cognoscitivo/inventiva idiomática– una producción literaria, *La fragata de las máscaras*, del recordado Tomás de Mattos, en la que el escritor promueve a figura narrativa protagónica al médico y botánico Aimé Bonpland/Amado Bonpland (1773–1858), llegado de Francia a Montevideo en las primeras décadas del siglo XIX en misión de cuño humanista y científico como lo fue la misión Saint Hilaire.

Desde un imaginario histórico, la trama narrativa de la novela uruguaya configura un amotinamiento de esclavos a bordo de un barco español que tuvo efectivamente lugar en el Pacífico Sur a comienzos del siglo XIX frente a las costas chilenas.

13 “Alejandro Dumas escribió en 1850 un pequeño libro, indigno de su maravilloso talento, pero cuyo título será inmortal”, en Jacques Duprey: *Alejandro Dumas, Rosas y Montevideo*, op. cit. p. 206.

Motín que fue documentado por un testigo parcial de los hechos, el capitán estadounidense Amasa Delano en su diario de viaje publicado en 1817, y famosamente ficcionalizado luego por Herman Melville en su relato “Benito Cereno” de 1855.

Ahora bien, en sus dos versiones de la novela (1996, 2008) de Mattos incorpora ingredientes geoculturales franceses y europeos que diversifican y amplían los sucesos y sus contingencias respecto a lo narrado por sus predecesores estadounidenses. Y la figura viajera, iluminista y científica del médico Bonpland será uno de los encargados de desempeñar este rol diversificador y ampliatorio en la ficción del uruguayo. Atendiendo a la conocida metáfora del propio autor para ilustrar su concepto de novela, podríamos ver en Bonpland una de esas “capitas” que conforman la “masa de hojaldre” de la novela aportando su peculiar y distintivo sabor.¹⁴

El texto se encargará de dejar bien establecido el rol fundante que el relato del francés va a desempeñar en el proceso de escritura de la novela que estamos leyendo. En el jardín de la casona familiar montevideana de los Péguy, un lunes 26 de noviembre de 1855, es Bonpland el primero en relatar a Josefina, la narradora ficcional uruguaya, el motín de esclavos, tal como él lo escuchó de boca del propio capitán Delano en el puerto de Huanchaco, en Perú, más de cincuenta años antes. Y así es que, muchos años después, cuando Josefina lea por primera vez y en inglés el relato de Melville, la voz de su afectuoso padrino Bonpland se hará oír en aquella versión primera y oral del motín: “Mientras mis ojos devanaban el texto inglés, mi memoria me hacía oír un castellano aparaguayado, pronunciado casi a la perfección, pero cuyas frases se hilvanaban con un agradabilísimo dejo francés”.¹⁵

De este modo el texto recoge y deja constancia de la modulación multiidiomática que, desde la fuerza de una oralidad privilegiada por la familiaridad y el afecto entre el relator y la escucha, va a permear decires y saberes de la novela uruguaya. Momento narrativo mayor que el autor destacó en provisionales títulos para su novela: *La fragata y el jardín*, *Las máscaras y el jardín*.¹⁶

14 “A mí me gustan los textos que sean como masa de hojaldre. [...] A mí me gusta que el lector la coma. Si la come y nada más ya está, pero también que pueda sentir las capitas que tiene el hojaldre”. En “La novela es una masa de hojaldre”, entrevista de Carina Blixen, *Brecha*, 28/4/2000, pp. 26–27.

15 Tomás de Mattos, *La fragata de las máscaras*, Montevideo, Santillana/Banda Oriental, 1996, p. 122.

16 El título definitivo “conversa” con la pintura del pintor romántico francés Théodore Géricault *La balsa de la Medusa* (1819) en tanto principio artístico visual organizador de lo

Es sabido que Bonpland, en la vida real, fue diseñador y gestor de los célebres jardines de la Malmaison, la mansión de la Josefina napoleónica, su gran amiga, apasionada por la botánica y tocaya, en la novela de de Mattos, de la narradora uruguaya, también ella ferviente cultora de plantas y flores. La quinta montevideana y novelesca de los Péguy se abre así a estas visitas de talante relacional, humorístico si se quiere, como modo de pensar encuentros y desencuentros transoceánicos en torno al histórico motín. Y en esta misma línea de encuentros entre mentalidades, espacios y tiempos diversos, Bonpland, personaje de novela, participará activamente en la ficción de la Josefina uruguaya en tanto escucha o interlocutor de unos y otros en muy diversas localizaciones de la Banda Oriental, Chile y Perú. Instancias de conversaciones e intercambios que llevarían a distinguir esta producción ficcional uruguaya con términos hoy especialmente apreciados en este terreno como lo son los de literatura inclusiva, conectiva, compartida, expansiva, pluricéntrica.

Ahora bien, a menudo las posturas del laico científico francés son controvertidas por unos y otros. Fray Tobías Infellez se dirige a él mediante el vocativo irónico o burlón de *monsieur* que trasunta distinciones y diferencias varias entre fraile y botánico, entre lo hispanoamericano y lo francés. Ironía burlona que se adelanta y corrige eventuales imposiciones de centralidades o racionalidades europeístas o europeizantes.¹⁷

Por su lado, desde su figura señera de “[s]ereno cultor de la racionalidad” como se lo describe en la novela, Bonpland no podrá “disimular su ostensible desagrado”¹⁸ ante la credulidad del fraile al describir con fervor las míticas escenas que figuran en el espejo de popa de la fragata. El personaje francés juega así en varios pasajes de la novela, un eficaz rol narrativo y dramático de contrapunto –diálogo y cuestionamiento– que contribuye a construir una historicidad discutidoramente polifónica, rasgo este último que ha sido señalado desde siempre por sus lectores como apuesta mayor y distintivo valioso en la escritura de de Mattos.

narrativo. Así lo trata Marta Fernández Arce en “La noción benjaminiana de mimesis inmaterial en una novela latinoamericana. El relato como problematización de la memoria”, Buenos Aires, *III Seminario Internacional Políticas de la Memoria*, Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, en línea, consulta realizada el 10/5/2016.

17 El mismo procedimiento de extranjerismo idiomático trasuntando ironías y diferencias, en este caso abiertamente jerarquizantes entre capataz y patrón, aparece en *Bernabé, Bernabé!*: “Gabiano se protegió respondiéndole exclusivamente a *monsieur Péguy*”. Montevideo, Alfaguara, 2000, p. 186.

18 Tomás de Mattos, *La fragata de las máscaras*, op. cit. p. 220.

Y entre encuentros y desencuentros, ambos —fraile y científico— conforman una de esas paradójicas y esperanzadas figuras multivocales que la ética escritora de de Mattos gusta y sabe ficcionalizar; una figura que, desde los inicios limeños de su relación con el fraile, el propio Bonpland reconoce y pone en palabras: “Leuda entre nosotros una afinidad tangible, pese al básico antagonismo de nuestras posturas filosóficas”.¹⁹ Ya en un pasaje de *¡Bernabé, Bernabé!*, evocada por la voz narrante de Josefina también desde el contrapunto, la reflexión y el humor, la dupla Bonpland–Sepé animaba el encuentro —y lo encontrado— de dos maneras de sentir y posicionarse, en ese caso frente a la Naturaleza (con gran mayúscula): científica y progresista la del sabio francés, vivencial y claramente antiprogresista la del cacique charrúa. Y por encima de la figura de “misántropo” del viejo Bonpland que “se dejó estropear” su amor por la Naturaleza “por afanes académicos y utopías políticas”, la uruguaya Josefina valora la figura del cacique que “cada día se las arreglaba para pescar, como sus bagres y tarariras [...], varios instantes de dicha contagiosa”.²⁰

En *La fragata de las máscaras* también Máximo y Gustavo Péguy, padre y tío de la narradora, aportan su propia modulación a la glosa iluminista del sabio botánico. Librepensadores ambos como Bonpland son también ellos oriundos de La Rochelle, puerto sobre el Atlántico, punto de embarque de tantos inmigrantes franceses en la realidad demográfica uruguaya. Y desde el giro intimista que el género novela suele propiciar, el texto nos hará saber que, antes de llegar a Montevideo, en una noche limeña, el Bonpland demattosiano se apresta a soñar con una sabrosa *crepe* de jamón preparada por su madre en la cocina de su casa en La Rochelle.²¹ Asimismo, otro recuerdo de su infancia en esta ciudad-puerto francés será ficcionalizado muy detalladamente por el botánico en la nueva sección “Sobre vendas y máscaras” introducida en la versión 2008 de

19 *Ibidem*, p. 49.

20 Tomás de Mattos, *¡Bernabé, Bernabé!*, op. cit. pp. 239–241.

21 Tomás de Mattos, *La fragata de las máscaras*, op. cit., p. 57. En un relato anterior a la versión 1996 de *La fragata...*, publicado en *El País Cultural* el 7 de agosto de 1992, titulado “La venda blanca” (título igualmente barajado para la novela), Bonpland cuenta la exhibición del —vendado— acróbata Faruolo en la plaza de La Rochelle de su adolescencia y reflexiona largamente sobre el sentido último y ético de vendas y máscaras, tal como lo hará al retomar este mismo episodio, con variantes, recién en la versión 2008 de *La fragata...*, en el Aviso cuarto, “Sobre vendas y máscaras”. Asimismo, el relato inédito “La Ciudadana Emperatriz” cuenta vida y obra de Joséphine de Beauharnais también desde la voz narrante de Bonpland, su amigo del alma. Ya muerta Joséphine, la voz del amigo cierra este relato con una invocación, aquí nostálgicamente pesimista, al final del *Cándido*: “No quise pensar cómo terminaría Voltaire su *Cándido*, si todavía viviera. Por cierto, la recomendación final ya no sería, porque la mezquindad del mundo actual no gusta permitirlo, el cultivo del propio Jardín.” Agradezco a Rosario Peyrou el acceso a estos dos relatos en versión mecanografiada por el autor que vienen a espesar el expediente ficcional de Mattos–Bonpland.

la novela y en la que de Mattos narrativiza, a través del relato de un espectáculo popular del acróbata Faruolo en la plaza de la ciudad, un cierto sentido ético del uso precisamente de vendas y máscaras en la conducta de los hombres. Significativamente, en esta segunda versión de la novela, en la que el escritor medita así a través de sus propios personajes y de su propio discurso narrativo en torno al concepto titular de máscara, el epígrafe del *Moby Dick* melvillianiano, que abría la primera versión con las palabras del capitán Ahab sobre el punto, desaparece.

Sabiamente entramados en la novela, personajes y escenarios franceses pasarían así a integrar lo que Carol Colatrella, reconocida melvillianista y estudiosa de *La fragata de las máscaras* en la universidad estadounidense, llama el proceso de cosmopolitización que tiene lugar en la novela de de Mattos en tanto versión de *Benito Cereno*: “*La fragata de las máscaras* sugiere que una adaptación hemisférica y más cosmopolita no debe privilegiar testimonios por nacionalidades. Así, las reinterpretaciones como la del novelista uruguayo revisan y varían textos y culturas desde contingencias y cuestionamientos”.²²

Místicas y políticas

Por otra parte, en lo onomástico, el omnipresente apellido Péguy en esta y otras novelas publicadas o proyectadas por de Mattos²³ está proponiendo una remisión lectora al escritor francés Charles Péguy y con él a una corriente de pensamiento que no es nada ajena al narrador uruguayo: el republicanismo espiritualista y batallador del francés, poeta mariano de inspiración mística, concedor e interrogador desde su escritura de textos bíblicos y, a la vez, periodista comprometido en los acontecimientos de la Francia convulsionada de su época desde sus columnas en la revista de la que fue fundador y director, los *Cahiers de la Quinzaine* (1900–1914).

22 Carol Colatrella, “«Benito Cereno» and Adaptation”, papeles de trabajo del proyecto “*The Frigate of Masks*, translation, critical edition and website”, 2015, Georgia Tech University, Atlanta. Asimismo, Colatrella subraya el interés de la novela de de Mattos citando la siguiente reflexión de David Palumbo-Liu al discutirse el valor de las Humanidades: «Solo leyendo atenta y pacientemente a través del complejo arte verbal de la novela podremos entender el alcance multiperspectivista e históricamente móvil que un acontecimiento dado tuvo y sigue teniendo», «Por qué las Humanidades son indispensables», *The Wall Street Journal*, Agosto 19, 2011, mi traducción. Ver igualmente Carol Colatrella “Leyendo «Benito Cereno» en nuestra época”, en *Melville, Conrad: Imaginarios y Américas*, L. Cordero y B. Vegh (coord), Montevideo, Linardi y Risso, 2006, pp. 79–105.

23 En el proyectado libro de de Mattos sobre Artigas, Josefina Péguy estaba prevista como narradora del episodio de Bonpland entregando al prócer —en San Isidro Labrador de Curuguaty en 1831— la primera constitución nacional.

Neologismo de su cosecha mediante, Péguy gustaba definirse como “el malcontemporáneo” (“*le mécontemporain*”) y así situado, sostener que los modernos son “aquellos que no tienen mística” entendiendo por mística el cuidado de vigilancias y exigencias éticas a las que el partido de los modernos ha renunciado “en la búsqueda de la gloria temporal”.²⁴ Asimismo, de algunas producciones ficcionales del uruguayo, o de la totalidad de su escritura, el lector podría quizá decir aquello que señala André Finkielkraut a propósito de las producciones de Péguy: “El cristiano es aquí incrédulo, y el moderno, religioso”.²⁵ De ahí su polémica constante en los *Cahiers* con esos modernos y contemporáneos antimísticos. Por su lado, de Mattos ha explicitado en más de una declaración o entrevista su concepto de mística igualmente desde lo ético de un activismo espiritual como proceso interior de vaciamiento que lleva a una sabiduría práctica y a un nuevo nacimiento. El caso de Dago, citado más adelante, al asumir su “nueva camisa” de “candidez” correspondería quizá a una versión ficcional de estos nuevos nacimientos.

Sabemos que, como Péguy desde Francia y en su época, de Mattos también seguía desde Uruguay los eventos nacionales e internacionales desde las columnas de un semanario en las que cabría imaginar un encuentro con el francés en el uso argumentativo y ensayístico de textos bíblicos, por ejemplo, para tratar la actualidad política nacional o internacional en un medio de prensa. En esta línea sería quizá emblemática la columna titulada “Los acreedores de Dios” en la que el periodista uruguayo, a la luz de textos evangélicos de Lucas, Mateo y Marcos en torno a las tentaciones de Jesús en el desierto indaga y medita sobre las “tribulaciones” de Juan María Bordaberry, por esas fechas condenado a reclusión.²⁶

Pero, también, y a diferencia de Péguy, encontramos a menudo en el uruguayo, remisiones a la ética de cierto racionalismo humanista, el del *Cándido* de Voltaire especialmente. Mencionemos las tres columnas aparecidas en mayo de 2012 que de Mattos dedica a reflexionar sobre temas de la actualidad local laboral, barrial, familiar –a partir de la eticidad de la tan llevada y traída propues-

24 En *Charles Péguy – Mystique et Politique*, París, Laffont, 2015, p. XI. En el “Prefacio”, Antoine Compagnon, que ya había indagado en la peculiaridad del pensamiento Péguy en su libro *Los Antimodernos. De Joseph de Maistre a Roland Barthes* (2005), vuelve a señalar la postura polémica del escritor-periodista frente a los supuestos progresos y valores de lo que sus coetáneos entendían por modernidad.

25 André Finkielkraut, *Le mécontemporain – Péguy, lecteur du monde moderne* [1991], París, Gallimard, Folio, 2007, p. 15, mi traducción.

26 Tomás de Mattos, *Caras y Caretas*, N° 275, 1/12/2006, pp. 50–51.

ta que cierra el *Cándido* de Voltaire. Las columnas, tituladas por orden de aparición: “Cándido, un mito de la modernidad”, “Hacia la autenticidad” y “Acerca de la solidaridad”²⁷ discuten bondades y peligros de la consigna final del relato: “Il faut cultiver son jardin”. Y para la traducción de dicha consigna, de Mattos parece preferir “Cultivemos nuestro jardín” –al menos es la que figura en su artículo– al otro posible y equivalente traslado “Hay que cultivar nuestro jardín”. El imperativo atemperado por un plural –“Cultivemos”– parece adecuarse mejor al proceso interior pero colectivo y social, que el escritor tacuarembense lee y le interesa subrayar en este final de relato del francés para sus lectores del semanario uruguayo.²⁸

Años antes, en *La fragata de las máscaras* el texto nos había informado que José Abos, “el mismísimo notario del juicio” a los amotinados, atesora cinco ejemplares del *Cándido* en su biblioteca limeña en 1802, ofreciendo en préstamo uno de ellos a Etcheberriaga, el vasco Protector de Esclavos, actuante él también en el marco del juicio inquisitorial, manifiestamente deseoso de que este se impregne del pensamiento humanista que recorre el relato de Voltaire.²⁹ Y ya en los finales de la novela, al conjeturar fray Tobías el sentir del curandero Dago, contrapunto negro y africano del médico Bonpland, el texto en su léxico parece invocar una vez más el constructivo y esperanzado final del *Cándido* en una suerte de nuevo nacimiento para el esclavo dogón:

Para su talante habitual, estaba insólitamente serio; pero yo sabía que estrenaba, después de quién sabe cuánto tiempo, como si fuera una camisa nueva, una cierta forma de *candidez*. Algo así como un remedo de recobrada inocencia, un muy débil retoño de ilusión. Incipientes fuerzas interiores lo invitaban a volver a nadar contra corriente. Acaso terminara aceptando el convite.³⁰

27 Tomás de Mattos, *Caras y Caretas*, N° 554, 4/5/2012; N° 556, 18/5/2012; N° 557, 25/5/2012.

28 En la ficción, fray Infellez, en conversación con Bonpland, coincide con esta preferencia léxica del columnista de Mattos cuando observa y comenta desalentado la preferencia de Babo por el posesivo “mi gente” al hablar de su grupo de negros para dirigirse a Cereno en el crucial pasaje del salto a la ballenera: “«Mi gente», monsieur, no «nosotros»”. Tomás de Mattos, *La fragata de las máscaras*, op. cit. p. 366.

29 *Ibidem*, p. 129.

30 *Ibidem*, p. 390, mi énfasis.

También en otro de sus artículos semanales –“El dominio de la historia y de la existencia”– vuelven a mostrarse vasos comunicantes de cuño iluminista entre novela y periodismo. En la novela, conversando con Bonpland durante la visita ficcional de ambos a Cajamarca, el barón von Humboldt expresa toda su irritación ante lo que considera la abulia del indio peruano y sus congéneres en una sentencia: “la Historia sólo se niega a los impacientes y a los resignados”.³¹ Años más tarde, reflexionando sobre eventuales transformaciones sociales en el marco de la actualidad política, de Mattos columnista retomará el aforismo del prusiano para indagar, a lo largo de todo su artículo, en los potenciales de verdad que tal sentencia ofrece en el conflicto gremial local que su artículo enfoca a la luz de los parámetros aforísticos humboldtianos.³²

Ya en ánimo de conclusión y para finalizar recordando lo sugerido al comienzo, señalaríamos cómo, desde las subjetividades del yo de un diarista –en Saint Hilaire–, desde la crónica afabulada de una contienda política –en Dumas– o desde las conjeturas novelísticas y las modulaciones políticas –en de Mattos– los juegos enunciativos de los decires literarios interrogan, complejizan y problematizan el campo de los saberes –ciencias naturales, sociología, historia– con los que estos decires gustan relacional y hospitalariamente interactuar.

31 *Ibíd.*, p. 68.

32 Tomás de Mattos, *Caras y Caretas*, N° 552, 20/4/2012.